

LIBROS

La novela española actual

Bajo este problemático título acaba de publicar José Corrales Egea un ensayo de conjunto que pretende dar cuenta de la narrativa de posguerra (Edicusa, 1971). El trabajo de Corrales procede de anteriores cursos de conferencias profesados en el extranjero y, en cierto modo, de ello adolece. El autor nos previene de que se trata de un ensayo sin pretensiones de exhaustividad y excusa el riesgo de omisiones y olvidos que, ciertamente, le alcanza. Por lo demás, se trata de un manejable resumen realizado sin grandes pretensiones teóricas y en un tono más bien tertuliano.

Quizá el más severo reproche que se puede hacer al libro es éste de haber utilizado un tratamiento literario sobre un tema que, por carecer de suficiente envergadura, es de esos que exigen, para mantener el interés, que sea interesante el procedimiento empleado. Cualquier tema, grande o chico, puede dar buen juego a una interpretación habilidosa. Ahí están las páginas de Ortega sobre el teatro del XVIII o las recientes de Azaña sobre Valera, para evidenciar que cualquier literatura, incluso las desvaídas y mediocres, encierra mucho que averiguar si se sabe extraer de ellas el zumo de su propia mediocridad. En el caso de nuestra novela actual —y lo mismo puede decirse de la francesa o la italiana—, parece que lo que debería hacerse es «explicarla» desde una perspectiva sociológica, averiguar las causas de su irregularidad y de su bajo tono.

Corrales ha preferido, sin embargo, las comodidades del discurso descriptivo. Su obra es un censo —incompleto— que se asoma brevemente más allá de la guerra civil y, tomando ésta por linde de lo actual, describe luego las diversas corrientes. De ahí que el mérito sobresaliente del libro consista en su manejable trazado y en el hecho de que los apartijos del censo estén, en general, bien definidos y sirvan a quien no les pida

más que información concreta.

Arranca el trabajo con una mención crítica del tremendismo que, haciendo eje en el «Pascual Duarte» y colocado aparte, con acierto, la obra de Carmen Laforet, es de lo mejor que encierra. Se estudia luego la coyuntura abierta por el año 1950, año del cambio decisivo hacia una postura crítica, con el que se abre la etapa realista sobre las huellas de «La colmena», la inacabada segunda experiencia de Cela que el autor hace pasar por un tamiz riguroso en el que se advierten, junto a valoraciones muy válidas, excesivas prevenciones críticas y algún que otro reojo malhumorado. De ella hace arrancar Corrales una nómina «juvenil del medio siglo», en la que ni están todos los que son ni son todos los que están, puestos a identificar el grupo con la tendencia objetivista. De modo notorio falta en esa nómina Menchén, y no basta con la excusa del autor. Pero, sobre todo, extraña el criterio espacial de Corrales, que dedica, por ejemplo, tres páginas poco sustanciosas a Ferlosio —no es demasiado calificar de «primerizo y oscuro» al «Alfanhui»?—, mientras se ocupa, con la seriedad que el caso requiere, de Fernández de la Reguera o del primitivo Gironella. Curiosas son las subdivisiones que con pulso de entomólogo detallista va estableciendo nuestro autor con base en cambios de actitud o de gesto literario no pocas veces irrelevantes; que él observa en la evolución de los escritores realistas. Bajo la etiqueta provisional de «realistas tradicionales» encaja a Ignacio Agustí, Zuzunegui o Sebastián J. Arbó, y coloca luego juntos, que sabe uno por qué, a Elena Quiroga y a Miguel Delibes. Solos y desamparados aparecen Ignacio Aldecoa y Lauro Olmo, tratados como hitos irreductibles. Y así hasta desembocar en Martín Santos, despachado en tres páginas —en compañía de Juan Marsé, por cierto—, hecho un tanto extraño, cuya explicación, no obstante, ha de buscarse en la prisa que arrastra al autor hacia novelistas tan relevantes, sin duda, como Cadelans, Sanjuán, Gironella o Angel María de Lera, a los que dedica en seguida cumplido espacio.

De aquí en adelante Corrales se aplica al estudio de las corrientes superadoras del realismo objetivista, corrientes definidas genéricamente como «contraoalas», y obtiene resultados nada despreciables, descubriendo algún desconocido y aportando curiosos ha-

llazgos críticos, de entre los que me permito sacar aquí de calificar la obra de Juan Benet como un «ensayo de aclimatación del *nouveau roman*». La obra se cierra con unos copiosos apéndices y tablas cronológicas y comparativas de la novela contemporánea en España, Francia, Italia y Portugal, como está mandado desde hace algún tiempo. Y poco más. ■ JOSE A. GOMEZ MARIN.

El monstruo de Frankenstein: ¿revolución en la revolución?

Las circunstancias son conocidas: el doctor Víctor Frankenstein nació una noche de verano de 1816 en el cerebro calenturiento de Mary Shelley. En aquella época, la progenitora de «Frankenstein» estaba aún soltera y se llamaba Mary Godwin. Era hija de William Godwin, el filósofo anarco-victoriano autor del «Enquiry into Political Justice» —libro que, pese a propugnar la abolición del concepto de propiedad, se vendía por entonces al exorbitante precio de tres guineas— y amante notoria del exquisito Percy B. Shelley. El caso es que el autor de «Adonais», su amante oficial, el satánico lord Byron y el no menos luciferino John William Polidori, procreador de «The Vampire», solían pasar largas veladas reunidos en una villa de los alrededores de Ginebra. Para sobrellevar la somnolencia y el hastío de las horas nocturnas, decidieron organizar algo así como un concurso de narraciones terroríficas. La indiscutible vencedora, o al menos la única que llegó a cumplir su cometido literario, fue Mary Godwin. «Frankenstein» y su «diabólico y aborrecible engendro» habían nacido.

La historia del doctor Frankenstein y de su monstruo —un gigantesco homínulo creado artificialmente a base de unas someras nociones de bioquímica, un par de fórmulas de alquimia, una pizca de filosofía natural y una respetable colección de vísceras, órganos, huesos y miembros procedentes de cadáveres más o menos pútridos— es aún más conocida. Sobra, pues, cualquier empeño de sinopsis argumental. Sin embargo, el tema del «innovador» odiado, temido, dominado y al fin vencido por su propio «engendro», se presta a algunas consideraciones no del todo ajenas a la problemática de nues-

tro tiempo. A fin de cuentas, la reacción romántica —uno de cuyos frutos menores es sin duda el «Frankenstein»— actúa como una especie de «contrarrevolución» respecto a la revolución ilustrada del siglo XVIII. Y este juego interno de revoluciones y contrarrevoluciones afecta de modo sustancial al pensamiento vivo de nuestros días.

Manuel Serrat Crespo, polguista y traductor de una reciente edición del «Frankenstein» (1), ha analizado inteligentemente el supuesto cariz retrógrado de la obra de Mary Shelley. «El «Frankenstein» de Mary Shelley —indica previamente— es una novela reaccionaria en la que la ciencia cae, al final, en un final moralizante, vencida por el castigo divino al orgullo y la soberbia humanos». Pero, líneas más abajo, aclara: «Sin embargo, el supuesto carácter reaccionario de la novela de Mary Shelley proviene de una falta de penetración sintomática. ¿Una moraleja «edificante» en la pluma de una mujer que se mueve en el círculo byroniano? ¿Un romanticismo predicador del conformismo humano?». Serrat Crespo resuelve con acierto y habilidad la aparente contradicción que él mismo se plantea: lo que buscan los románticos —afirma— es «la muerte de Dios, el principio de toda libertad, pero también el «mal» perfecto, redondo, acabado».

Por mi parte, me gustaría añadir a la tesis «teológica» de Serrat Crespo una implicación de fondo política. La rebelión del engendro contra Frankenstein, del romántico contra el ilustrado, del hijo contra el padre (ideológicamente hablando) es también la rebelión de la imaginación política contra el dogmatismo: la revolución en la revolución. La única posibilidad, en suma, de impedir que aquello que nació para ser movimiento perpetuo se aniquilase, con el paso del tiempo, en estériles rotaciones concéntricas. Tal vez Mary Shelley no pensó en estas cosas mientras escribía «Frankenstein», pero ello se debe a que Mary Shelley era mucho más liberal que su padre. ■ S. R. SANTERBAS.

(1) Mary Shelley, «Frankenstein». Traducción y prólogo de Manuel Serrat Crespo. Ed. Matesa. Colección Maldoror. Barcelona, 1971.

Los discursos de Allende

Con el título de «La vía chilena hacia el socialismo» y la firma de Salvador Allende se

ha editado una colección de textos del Presidente de la República de Chile a partir del discurso inaugural de su legislatura y de su mensaje al Congreso, que resultan imprescindibles para el entendimiento de este fenómeno político cuya importancia sobrepasa no sólo al ámbito chileno, sino incluso al del contexto hispanoamericano (recientemente, como se sabe, una delegación del partido socialista francés, presidida por Mitterrand, estuvo en Chile para estudiar esa «vía al socialismo»). Allende examina en estos textos las posibilidades de salir del subdesarrollo, las nacionalizaciones mineras y la estatización del sistema bancario, las ocupaciones de fondos agrícolas, sus relaciones con el exterior, los problemas de la violencia, las cuestiones sindicales... De especial interés es, para los estudiosos de la política, la publicación del programa de la «Unión Popular», que sirvió de base para la campaña electoral y que fue discutido y aprobado por todos los partidos que forman la coalición gubernamental de hoy.

Salvador Allende. «La vía chilena hacia el socialismo». Editorial Fundamentos. Madrid, 1971.

La presencia de Hegel

En un tiempo relativamente corto se han editado o reeditado numerosas obras de Hegel o sobre Hegel. De Hegel se ha reeditado su *Fenomenología del espíritu* (1), la *Lógica* (2) y la *Introducción a la estética* (3); sobre Hegel, el libro de R. Valls Plana, *Del yo a nosotros* (4), Hegel y los derechos humanos, de Nicolás López Calera (5), y *La génesis del materialismo histórico. I. La izquierda hegeliana*, de Mario Rossi (6).

Ante estas publicaciones —de muy diversa índole y matiz, desde el estudio monográfico de López Calera hasta el análisis del hegelianismo de Rossi, a mi juicio uno de los libros más importantes sobre el tema—, cabe preguntarnos si este interés por el filósofo alemán se debe a un afán de información histórico-cultural —tener a mano a los clásicos— o si, por el contrario, se trata de una preocupación suscitada por la vigencia de Hegel. Incluso esta hipotética vigencia podría entenderse

(1) Fondo de Cultura Económica; (2) Ricardo Aguilera Ed.; (3) Editorial Península; (4) Ed. Estela; (5) Universidad de Granada; (6) A. Corazón Ed. Comunicación.